

Año 8
Número 8
Invierno 2022

RPS

Revista de Políticas Sociales

SECCIÓN ESPECIAL/ HOMENAJE

El Estado argentino ante el virus como medio

Diego Gerzovich
Universidad Nacional de Moreno

“Pero el telescopio y el microscopio establecieron una diferencia neta, pues lo infinito y lo infinitesimal, el macrocosmos y el microcosmos, dejaron de ser conceptos meramente especulativos, ya que revelaban, por lo menos en potencia, los límites ideales de la experiencia visual”
Lewis Mumford, El pentágono del poder (2016, 48).

Introducción

Debemos construir un Estado argentino inteligente, flexible y veloz frente al marco civilizatorio impuesto por el virus, el medio de transmisión de datos paradigmático de nuestra época. La importancia política del virus está dada por su contagiosidad, es decir por la capacidad absoluta de transmitir información entre humanos (más allá de nuestra voluntad) y entre humanos y objetos. El COVID-19 es solo un ejemplo, quizás el ejemplo límite de esta crisis, de su relevancia política. Con esto queremos decir: no importa su nombre del virus, lo importante es en tanto especie. O lo que es lo mismo: el virus como medio.

Las organizaciones sociales, los sindicatos y la totalidad de las instituciones vinculadas a los sectores populares argentinos y latinoamericanos deben apropiarse de estos saberes para convertir a sus aparatos logísticos en máquinas adaptadas a lo venidero: la digitalización plena del mundo. Si bien este cambio, la construcción de un mundo virtual paralelo en principio al real, es un proceso en el que estamos inmersos hace ya 40 años, la crisis del COVID-19 produce la aceleración de un modo exponencial de la dualización del mundo, de la cuales imposible salir en modo retroceso, si no, como siempre, hacia adelante. No hay retorno posible a ninguna naturaleza utópica, la Argentina deberá acompañar a la mayor velocidad posible, la construcción de un mundo cuyos pilares estructurales claves se encuentran en la digitalización. Su forma plena implica grados altos de adaptación y convivencia con los virus.

Desde los años ochenta, a partir de la denominada globalización neoliberal, el incremento de poder de las corporaciones financieras, seguido de los grandes conglomerados privados transnacionales y del exponencial crecimiento de las gigantescas corporaciones digitales, provocó una disminución de dimensiones preocupantes del poder político de los Estados nacionales. La crisis del COVID-19 puede resultar un sorpresivo punto de inflexión para modificar esas relaciones de fuerza. No necesariamente los Estados nacionales recuperarán grados interesantes de influencia y poder en la gestión o planificación del ordenamiento económico de cada territorio, pero lo que era impensable hasta hace unos años hoy mientras se desarrolla esta crisis es posible y, en algunos casos, indispensable.

La hipótesis con la que trabajamos en este artículo da cuenta del desorden geopolítico actual y de la apertura de una época más o menos extensa de transición, probablemente violenta, entre la hegemonía mundial norteamericana y el modelo por venir. En esta situación, la organización de Estados fuertes en los países en desarrollo, tanto a nivel planificación, gestión y distribución de recursos, es posible. Esta posibilidad obliga a las universidades nacionales de esos países en desarrollo a un esfuerzo de reflexión y producción de ideas y cuadros político-técnicos para, en la situación concomitante de desorden hegemónico nacional, transformar esa posibilidad en un proyecto de fortalecimiento de las capacidades de planificación y gestión estatales, y de las organizaciones de la clase trabajadora argentina.

En el año 2002, el profesor e investigador italiano Roberto Esposito publicó *Immunitas*, un libro que bien puede servir, dieciocho años después, para pensar algunas cuestiones vinculadas a la pandemia del COVID-19. Allí, Esposito postula la crisis del debate entre “la larga tradición antitecnológica” y la “concepción de la técnica como extensión física de nuestros cuerpos” (Esposito, 2005, p.209), inaugurada por Marshall McLuhan en su célebre *Comprender los medios*, publicado en 1964. Si bien algunos aspectos del paradigma inmunitario de Esposito son útiles para pensar esta crisis epidemiológica, en este artículo sostengo la tesis de que ese paradigma también está perimido. En efecto, en el paradigma inmunitario correspondiente presentado por Esposito en los inicios de la digitalización, el cuerpo humano es aún concebido como una unidad, maleable e implantable, pero como unidad completa. En estos 18 años el cuerpo, como objeto de reflexión filosófica y de creatividad artística, se fragmentó, se rompió, se descuartizó, se desnaturalizó. Esas partes llegaron a disminuirse a tamaños infinitesimales, solo accesibles a través del microscopio. El cuerpo ya no es más una unidad corregible, el cuerpo se descentró, explotó en millones de microbios, virus, bacterias; pero también en la sangre, los órganos internos, las partes cortadas y desmembradas de los cuerpos-zombies de la serie *Walking Dead*.

Medios-digitalización-civilización viral

El virus es el medio. En un sentido más general, el virus es nuestro entorno, el entorno en el que vivimos. Entonces, no tiene sentido “combatir” al virus, sería como combatir contra las computadoras, la televisión o el sol.

¿Resulta una extensión de nuestros sentidos o de nuestros cuerpos/órganos, como lo son los medios tecnológicos? Veamos (McLuhan, 1996) el virus, no importa cuál, reproduce en el exterior, con carácter civilizatorio, un modo del funcionamiento interno del cuerpo humano. Células sanas son conquistadas/contagiadas hasta matarnos (o no). El carácter del medio es el contagio interno o externo. Ese proceso de conquista/contagio, que sabemos hoy gracias a la microbiología, consiste en un movimiento de información, organizada bajo el mismo código molecular. Esta equivalencia le permitió afirmar a un biólogo holandés “del

elefante a la bacteria del ácido butírico, ¡es todo lo mismo!” (Yong, 2016, p.13). Por lo tanto, podemos decir que la viralización de la vida ya fue adelantada por la viralización digital. Por ello Bill Gates, el propietario de la empresa Microsoft, pudo presagiar este futuro, su fortuna se cimentó aprendiendo a vivir en un entorno extremadamente virósico. El virus no es un medio eléctrico, pero solo puede sobrevivir y tener éxito en nuestro entorno principal, que es el eléctrico. Sin electricidad, no hay viralización.

No debe analizarse ningún medio aisladamente; ello lleva a innumerables errores (McLuhan, 1990). El virus, tanto el digital como el patógeno, solo es comprensible como intensificación de la estadística. El virus es la estadística llevada a su próximo estadio, el Big Data, lo convierte a en su otra cara, el antivirus. El virus es información pura. Quizás éste sea el sentido de la frase reciente de Yuval Harari: “La mejor defensa contra los patógenos es la información”. Pero la información no es la noticia, sino el Big Data. La noticia, la noticia televisiva en particular, se vuelve obsoleta con el virus. Por este motivo, hoy se nos aparecen tan retrógrados los periodistas extasiados ante cualquier información médica sobre el virus, mientras repiten estadísticas a la vieja usanza: muertos, infectados, curvas. Los médicos parecen conocer, con suerte, el contenido del COVID-19, pero no están interesados en la cuestión central de nuestra época: el virus como forma, el virus-medio; el tándem medicina-periodismo (tan en boga en estos días) solo traerá más confusión e ignorancia sobre lo que está sucediendo en el mundo.

El carácter del virus, de cualquier virus, es su transmisibilidad, su capacidad de contagio. Del COVID-19 no importa su contenido, como piensan los médicos, lo importante es su “contagiabilidad”, el modo de existencia de cualquier virus.

No habrá que preocuparse por el contenido de cada uno de los virus, sino de su forma, su carácter de virus. El virus como medio transformará nuestra civilización. Como la cambió la imprenta, como la cambió la electricidad. No importa su nombre, ni su apellido, ni el accionar específico, sintomatológico, de cada virus; en términos filosóficos, no deberemos perder el tiempo con esas cuestiones. El Estado nacional, si es posible dentro de un marco de unidad política latinoamericana, luego de la salida de la urgencia de la crisis del COVID-19, deberá ajustar su funcionamiento, en cada uno de sus espacios institucionales, del más pequeño al mayor, a esta nueva realidad. Toda estrategia económica,

social o cultural deberá dar cuenta del cambio estructural y civilizatorio provocado por la viralización.

Nuestros sentidos, nuestro aparato perceptivo, nuestro afectado sistema nervioso, todo lo que somos como especie, deberá adaptarse a este nuevo medio ambiente virósico. El virus no es enfermedad, el virus es contagio. El virus es el medio de nuestra época. De la misma manera que la digitalización, llegó para quedarse.

Adaptación

La naturaleza, aparentemente corporizada en este caso en el murciélago, es rescatada de su obsolescencia por el virus. En diálogo con la distopía de Philip Dick, los animales no sobreviven como mascotas, eléctricas o no, sino que retornan con todo su salvajismo y sus microbios a amenazar a los hombres y a sus ciudades. Entonces, no se trata de ¿qué hacer con el virus?, sino de cómo adaptarse al virus (y no solo respecto del COVID-19, sino frente a todos los venideros).

La adaptación no es un proceso volitivo, o voluntario, o intencional. No depende de nuestra capacidad intelectual, de nuestras intenciones o de nuestros proyectos. Nuestro aparato perceptivo y en concomitancia con él, nuestro sistema nervioso central, se adaptará más tarde o más temprano al medio viral.

Un ejemplo de este proceso lo podemos encontrar en Benjamin, el gran escritor alemán, descubrió que el cinematógrafo, con sus 24 fotogramas por segundo, fue un método de entrenamiento importante para la necesaria adaptación de nuestro aparato perceptivo a las nuevas condiciones ambientales impuestas por la urbanización y la masificación. Con la aceleración y multiplicación de los estímulos, se produce una respuesta masiva (no individual) a esas transformaciones. Sin embargo, aunque las masas como matriz iniciaron la “era eléctrica” (Benjamin, 2018, p.217), uno de los datos claves para pensar la sociedad viral fue su crisis ocasionada a buena parte de la infraestructura urbana, desde finales del siglo XX, ocasionada por el virus. La matriz urbana será determinada por la digitalización de las relaciones sociales, por una tendencia al aislamiento tribal, pero de ninguna manera como un retorno al individualismo liberal. Los Estados subnacionales, las provincias y municipios

argentinos, también serán claves en la gestión del pasaje hacia la plena digitalización de las relaciones sociales, culturales y políticas. Digitalización no significa la unidimensionalidad del mundo, al contrario, significa comprender la relación entre lo presencial y lo digital. En todo caso, y quizás éste sea el gran viraje del mundo en el siglo presente, lo que se transforme de cuajo sea lo real.

La conformación del virus como medio, quizás ya tuvo su instrumento de entrenamiento humano en el uso intensivo del ordenador y los cuidados frente a virus y todo tipo de objetos digitales que amenazan nuestra circulación por la red. La digitalización como espacio de entrenamiento intensivo para la civilización viral.

Es muy difícil calibrar y comprender el significado del encierro actual, será apenas un instante. No importa tanto “el día después” del encierro. Hace rato la humanidad viene ensayando diversas estrategias para adaptarse al nuevo medio. Quizás por eso, nuestros niños ya vienen “equipados” para convivir en la digitalización-mundo. Su aparato perceptivo y quizás sus defensas antivirales ya estén preparados para este mundo. No el que vendrá, sino en el que estamos. Quizás por eso, el coronavirus afecta menos al humano niño. Imposible saberlo, pero aprovechemos la metáfora.

Si bien escribimos desde un plano conjetural, tenemos la siguiente certeza: al virus debe pensárselo como medio.

Por eso las viejas profesiones no aciertan a pensar nada nuevo: porque siguen pensando el virus como enfermedad. Nadie duda que lo es, lo discutible es la utilidad de pensarlo de ese modo, porque implica nombrar cosas nuevas con una lengua ya vetusta: al virus como noticia, al virus y al capitalismo.

Los humanos nos hemos retirado por un instante de las ciudades y cada uno se guarece en las cuevas que nuestro mundo construido (enormemente desigual) nos ha dado en suerte. Saldremos como los osos salen de su hibernación. Para ellos es costumbre, para nosotros una excepción, por ahora.

Excursus sobre el “combate al virus”

Debemos insistir en condenar el uso del lenguaje bélico para nombrar nuestra relación con el virus. A ningún medio se le ha hecho la guerra. La humanidad convive en el medio o con el medio. El virus es el medio en (con) el que viviremos de aquí en adelante. El objetivo de esta parte de este artículo es advertir sobre los peligros del uso del lenguaje bélico para referirse a nuestra relación con el virus o sobre el virus.

Lo ponemos entre paréntesis porque no queremos que se escuche el siguiente argumento, pero (cuando gobiernos importantes del mundo en los años 30/40 del siglo pasado se pusieron en manos de asesores científicos para llevar adelante una guerra, Hiroshima y Auschwitz son hechos científicos, pero estos médicos son de los buenos y nos van a ayudar a sobrevivir en esta guerra). Nuestra tribu de las ciencias sociales lo sabe: debemos dejar de naturalizar la certeza científica, eso es muy viejo.

La única certeza es la de la decisión política: “Una vida no se recupera, un PBI sí”. Nuestro Estado, en la persona del presidente de la Nación, vela por cuidar cada una de nuestras vidas. Cada una de las vidas argentinas y de quienes viven en nuestro suelo.

Cuando vamos a la guerra, sabemos que sacrificaremos a miles, cientos de miles, millones de nuestros compatriotas. Esto no es una guerra, no tiene sentido ni siquiera como metáfora. O peor, es una metáfora comparación muy peligrosa, porque contradice la idea del cuidado colectivo/comunitario y nos entrega al paradigma sacrificial. Los muertos por coronavirus no son entregados al sacrificio. Aquí arriesgo, porque la muerte siempre es el tema central, en este siglo de violencia tribal, estos miles de muertos son los de la globalización digital, caldo de cultivo de la civilización eléctrico-viral. Los conceptos de “biopolítica” (Foucault) y “nuda vida” (Benjamin, 1991, pp. 23-46), aunque remanidos, son claves para pensar el virus como medio.

Explosión-implosión

Podríamos haber esperado una nueva explosión del mundo hacia nuevos espacios habitables. El sueño de habitar Marte, por ejemplo: explora-

ciones de la NASA, sucesivos viajes robóticos a esos “nuevos mundos”, ¿agua en el planeta rojo?, el film Blade Runner, etc.

En su lugar se impone (¿o se impuso?) la implosión virósica. El mundo se cierra. Nuestro gran historiador de la arquitectura Pancho Liernur ha dicho que frente al decaimiento del turismo global quizás se imponga “el desplazamiento de personas en áreas más controladas, nacionales o regionales”.

Un mundo cerrado en regiones. Así era el mundo antes del descubrimiento de América: lleno de tribus. La implosión es occidental y es eléctrica. Esta implosión, esta cerrazón de este lado del mundo, lo cual es sinónimo de tribalización, resulta opuesta a la explosión occidental y mecánica del siglo XV. Oriente, en cambio, hoy podría explotar en convivencia con el virus. Es el otro lado, quizás estamos asistiendo al dramático cambio de comando global en el conflicto, sin norteamericano. Oriente, de la mano de China, pasa al frente en la fase virósica de la era eléctrica. El uso previo de barbijo en Oriente es apenas una pobre metáfora de esta transformación hegemónica. Oriente es post (y pre) alfabética, Oriente es Toyota (el fordismo fragmentador es occidental).

La gran pregunta, bastante ausente por ahora en el debate mediático, es África: el continente tribal por antonomasia y por tradición. La demografía, la inversión china y el salto directo de la oralidad a la electricidad convierten a África en el continente más llamativo del siglo XXI. Vale la pena concentrarse, aunque sea solo un caso, en las cifras de infectados y muertos por COVID-19 en África.

Cuestión de tiempo

La crisis del COVID-19 es previsible, muy importante, pero previsible, de una época que comenzó hace ya tiempo. La fase de la globalización digital de la era eléctrica, que inició por las dos últimas décadas del siglo XIX.

El inicio de la era eléctrica (medios eléctricos) coincidió con la época de la urbanización y la masificación ¿A quién se le ocurriría hoy pensar que el paso del siglo XIX al XX, con todas sus transformaciones sociales, económicas y culturales no traerían guerras, pestes, crisis económicas,

transformación hegemónica global (de la Inglaterra liberal a los Estados Unidos corporativos), millones de muertes?

El medio de comunicación que selló la transformación “urbana”, en tándem con el cine y la radio, fue la televisión.

Marshall McLuhan (1996, pp. 43-52), filósofo canadiense, habló del pasaje de los medios calientes (civilizados, seriales, de baja participación, previsible, en consonancia con la era mecánica de la imprenta) a los medios fríos (holísticos, de alta participación, orales). Dentro de la era eléctrico-televisiva, apareció el ordenador, la predominancia creciente de la información binaria de unos y ceros y finalmente internet, toda su red comunicación, las redes sociales. En síntesis, esos medios, todos conectados, inauguraron la fase digital de la era eléctrica. Recordemos, en 1981 el fabricante de ordenadores IBM creó la máquina IBM PC con el microprocesador Intel 8088 y con el sistema operativo DOS 1.0 preparado por Microsoft.

En el paso del siglo XIX al XX, se desarrolló el urbanismo, se extendió la migración campo-ciudad, las masas se instalaron en las ciudades y todo ese proceso de transformación, produjo enormes consecuencias en el mundo y en la especie humana. En el paso del siglo XX al XXI se organizó el mundo digital, con todas sus consecuencias, algunas de las cuales nos está tocando vivir. Así, el virus es un medio de nuestra época, por no decir, EL medio de nuestra época. Si la electricidad fue, por antonomasia, el medio sin mensaje; el virus es, por antonomasia, el medio de contagio-transmisión de información de un cuerpo a otro.

El virus es un modo de circulación/distribución de información. Uno de los varios medios de la digitalización. Hoy los medios son eso: tanques al servicio de la transmisión masiva de datos, de máquina a máquina, máquina-persona-máquina, persona-persona y otras variaciones. Nadie puede sorprenderse. En los últimos 30 o 40 años, como si hubiera surgido de la nada, se organizó otro mundo dentro del mundo, en un proceso mucho más veloz, entonces más traumático que el de la urbanización-masificación. La evolución hacia el medio virtual genera, como ya era sabido, consecuencias del tipo de las “catastróficas”, como enfermedades, violencia y muertes en masa.

La aceleración del tiempo, de la que hablaba Reinhart Koselleck, expone a nuestras generaciones a mayor cantidad de cambios que a las de nuestros abuelos y a las anteriores

Es cuestión de tiempo, de ritmo, de velocidades, de aceleración. Nuestro pasado reciente, la evolución del mundo hacia la digitalización global y lo virtual, ya mostraba lo evidente. Hay y habrá cosas nuevas, tan o más traumáticas como las dos guerras mundiales, el crack del 29, y las permanentes guerras y crisis migratorias del siglo pasado. La tecnología evolucionó hacia la digitalización, la extensión de toda la información de nuestro sistema nervioso central en gigantescos depósitos de datos que, en nuestra época, germinan los virus, y muchos otros medios absolutos de circulación.

Virus-circulación-contagio, enfermedades, muertes y todo lo demás. Cuestión de tiempo. Como la evolución hacia nuevos medios, nuevos mundos. Cuestión de aceleración o retardo. La aceleración, como dice Koselleck, se ha convertido en el modelo de experiencia de los tiempos históricos. El Estado argentino, apoyado por los sindicatos y las organizaciones de la clase trabajadora, deberá orientar su organización presupuestaria, hoy en estado crítico, hacia esta aceleración. Porque la cuestión central de la política es, como siempre, ¿quién paga la imprescindible reorganización estatal para adaptarse a la velocidad digital y a la civilización viral?

Hoy, la aglomeración urbana, marca del período anterior, es amenaza, es crisis. La ciudad nueva será, de aquí en adelante, uno de los contenidos centrales de los combates de la política.

Cuestión de espacio

El virus, constituido por nuestros microbios, nos constituye. Nuestra identidad, desde la microbiología, está dada por la específica combinación microbiana dentro de nuestro cuerpo y a nuestro alrededor, incluso a nivel de nuestra piel. A la vez, el virus viene de afuera, nos invade desde otro cuerpo, amenaza. El virus, en su aspecto exterior, como extensión o copia modificada del interno, es el medio: “No viene a nosotros, lo vamos a buscar”, afirman los médicos.

En el encuentro de microbios externos e internos, “cuerpo” del virus y anticuerpos, en esa mezcla, al interior de cada animal humano, se define el contenido informativo del virus, sus mutaciones, su resistencia, el contenido con el que saldrá al encuentro de otros microbios alojados

en otro cuerpo de animal humano. Pero también nuestro propio contenido informativo, nosotros como información. La forma del medio es el contagio, su contenido es la enfermedad. Ya lo sabemos hace tiempo, gracias a McLuhan, lo importante de un medio es su forma, porque su estudio permite conocer la especificidad de sus efectos civilizatorios.

Roberto Esposito (2005, p.13) anotaba en su *Immunitas*, quizás uno de los textos más clarividentes sobre nuestro presente, que Estados Unidos asignaba a la lucha contra los virus digitales en el 2002, un presupuesto cuatro veces mayor al que destinaba a la lucha contra el SIDA. Epidemias, el VIH afuera y adentro de nuestro cuerpo, los virus digitales afuera y adentro de los computadores. Los virus microbianos afuera y adentro de nuestro cuerpo. En la era de la globalización digital, virus no es enfermedad sino contagio.

Tan poderosa es la dialéctica espacial del virus, que podemos decir, con Esposito, que “el veneno es vencido por el organismo no cuando es expulsado fuera de él, sino cuando de algún modo llega a formar parte de este”. Como entes biológicos individuales, y desde el principio, somos constituidos y habitados por virus, pero a la vez, el virus es el medio que, como contagio, produce efectos civilizatorios tan profundos que la inmunización exterior debe resultar hoy el motivo de la mayor inversión público-privada de las últimas décadas, tanto en Oriente como en Occidente. Y a pesar del tamaño de esa inversión económica y del esfuerzo científico global, la contagiosidad seguirá vigente como medio, cuyos efectos marcarán la vida de varias generaciones. El contagio verifica el carácter del virus como medio y es un concepto más abarcativo que el propio virus. La ley del contagio vincula al mundo digital con el microbiano, esos mundos solo pueden pensarse en tándem, y por ello es tan errónea la mirada médica pura. No es tiempo de purezas, sino de mezclas de pensamientos que renuncian explícitamente a un punto de vista unívoco. Una ruptura radical con la perspectiva, cuya lógica nos ha llevado al estado actual de las cosas.

Podríamos augurar un siglo XXI epidemiológico o médico como neutralización de la política. Por lo tanto, mientras el discurso médico-moral se constituye como dominante en nuestro presente, al mismo tiempo se configuran las fuerzas que formarán el combate político de este siglo. La moral médica intentará, aunque fuera inútil, neutralizar la conflictividad política que siempre desborda a cualquier neutralización.

Quizás la política del siglo XXI se trate de la enemistad de dos tipos de populismos, alrededor de los cuales confluirá una multiplicidad de tribus globales, algunas de las cuales encenderán, en algún momento no demasiado lejano, la mecha de la violencia. Y todo ello en medio de la modificación de la hegemonía global. Solo faltan 9 años para que se cumpla el siglo exacto del pasaje del orden liberal sostenido en la libra esterlina al orden corporativo sostenido en el dólar. De toda forma de liberalismo, el viejo o el neo, solo quedarán jirones. Y muy probablemente, ese sea uno de los registros iniciales de la política de este siglo.

Para ser eficaz, el pensamiento deberá flotar entre el ambiente mediático (lo digital, el virus, el contagio, y las futuras evoluciones) y la civilización humana producida como efecto de aquel ambiente. Viviremos, como siempre ha sido, en la hibridación de lo mediático-maquinico y de lo humano. No debemos engañarnos con la neutralización médico-epidemiológica, que será una constante de nuestro tiempo. La política, como siempre ha sido, determinará los caminos del siglo. El Estado argentino, mientras sea comandado por un proyecto político vinculado a los intereses de la clase trabajadora, cuenta con la ventaja de llevar ese saber cómo bandera: la política es el fundamento de ese Estado. Y como el propio Koselleck (2003, p.71) afirma, “En términos políticos, lo importante es saber quién acelera o retarda, a quién o qué, dónde y cuándo”.

Como Benjamin percibía ya en el año 1932, nuestras generaciones antes del inicio de la digitalización se habían quedado pobres de recursos experienciales, por no decir vacíos. Y este proceso de empobrecimiento fue más veloz que el vivido y narrado por Benjamin en su ensayo. En nuestro caso, la digitalización impuso el ritmo. Quizás este retiro del mundo provocado por el COVID-19, esta hibernación de una parte importante de la población mundial no sea estéril para la humanidad, quizás estemos recuperando fuerzas para volver a empezar. Austero recomienzo.

Al salir del encierro, la mayor parte de nosotros deberá acelerar su aprendizaje de los elementos básicos para sobrevivir en la tierra del virus y de lo digital. Los animales humanos, como nuevos bárbaros, con muy pocos recursos, pero livianos de carga, tenemos que recomenzar, una vez más, la aventura de adaptarnos al mundo. Y lo deberemos hacer como lo hizo aquella generación benjaminiana: en el medio de movimientos traumáticos que se seguirán produciendo y frente a los cuales podríamos atesorar como los animales pequeños que somos, el miedo no ayuda. Solo el Estado podrá ayudar, si está en manos de los sectores nacional-populares.

Son tiempos difíciles, como todos los reinicios. Pobres, nosotros, en el sentido de livianos de carga o nuevos bárbaros, sin la posibilidad de acudir a los recursos de ninguna tradición, porque no sirven. La actitud esperable es, como siempre, la del estudiante eterno, paciente y voraz, pero sin libros ni preceptos a mano. No solo eso, nuestros cuerpos, el débil cuerpo humano, nuestro aparato perceptivo, deberá fortalecerse con nuevas extensiones, nuevas tecnologías, nuevos medios, que le permitan adaptarse al nuevo entorno. El virus, paradójicamente, es uno de ellos, quizás el más precario, el más arcaico, el más natural, de los nuevos medios. El virus contagia, mata o fortalece, según el huésped. No menos tecnología, entonces, sino más.

No hay retorno posible sino, como siempre, caminar hacia adelante y en la intemperie.

¿Quién acelera? ¿Quién retarda? ¿Quién/es es/son objeto de aceleración o retardo? ¿Hacia dónde y cuándo se producirán esa aceleración o ese retardo? ¿Quiénes mueren? ¿Quiénes pagan la aceleración subsiguiente? El nuevo ordenamiento, sea la política y los Estados nacionales, tiene el báculo y la espada, una vez más.

Bibliografía

- Benjamin, W. (1991). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, Madrid, Taurus.
- Benjamin, W. (2018). *Iluminaciones*, Madrid, Taurus.
- Esposito, R. (2005). *Immunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Koselleck, R. (2003). *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-textos.
- McLuhan, M. y E. (1990). *Leyes de los medios. La nueva ciencia*, México, Alianza Editorial Mexicana
- McLuhan, M. (1996) *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Barcelona, Paidós.
- Mumford, L. (2016). *El pentágono del poder. El mito de la máquina (dos)*, Rioja, Pepitas de calabaza
- Yong, E. (2016). *Yo contengo multitudes. Los microbios que nos habitan y una visión más amplia de la vida*. Debate.